

Darío López R.

PENTECOSTALISMO Y **MISIÓN INTEGRAL**

Teología del Espíritu
Teología de la Vida



Darío López R.

PENTECOSTALISMO Y MISIÓN INTEGRAL

**Teología del Espíritu
Teología de la Vida**



A mis padres, Adela y Eugenio, cuyas ausencias alimentan la esperanza de encontrarnos nuevamente en la mesa del reino.

A mis hermanos y sobrinos que me recuerdan que el Dios de la vida camina entre nosotros.

CONTENIDO

Prefacio	7
Prólogo	11
Introducción	13
<i>Capítulo 1</i> El bautismo en el Espíritu y la misión integral	17
<i>Capítulo 2</i> La construcción de un rostro público	55
<i>Capítulo 3</i> Formación teológica y misión integral.	83
<i>Capítulo 4</i> Espiritualidad pentecostal	95
<i>Capítulo 5</i> Pentecostalismo y liberación integral	103
Bibliografía	121

PREFACIO

Con cierta ironía alguien ha señalado que en América Latina los teólogos de la liberación optaron por los pobres, pero los pobres optaron por los pentecostales. Este libro demuestra que en el movimiento pentecostal latinoamericano se está dando una importante fusión entre la opción por los pobres —un rasgo característico, aunque no exclusivamente, de la teología de la liberación— y una reflexión teológica enraizada en la revelación bíblica.

No es accidental que Darío López inicie su reflexión aquí con un estudio de Hechos 2, un capítulo que se encuentra en la lista pentecostal (si la hay) de pasajes predilectos de la Biblia. Su intención es clara: desde dentro de las filas pentecostales quiere “subrayar que la experiencia del Bautismo en el Espíritu exige encarnarse en el contexto de misión para, desde esta realidad concreta, dar testimonio de todo el consejo de Dios a todos los seres humanos”. Aparece así, de entrada, la nota dominante de esta obra, que es la necesidad de una espiritualidad que se niega a separar lo religioso de lo secular y la fe de las obras, y que afirma una espiritualidad integral.

Como su título sugiere, esta obra es otro aporte a la creciente bibliografía sobre un tema que en las tres últimas décadas ha dado ricos frutos en el mundo de la teología evangélica latinoamericana —el tema de la misión integral. Como tal, comparte los mismos puntos de vista de las obras de teólogos que en su mayoría se

han identificado con la Fraternidad Teológica Latinoamericana: la perspectiva trinitaria; el redescubrimiento del Reino de Dios, en sus dimensiones presente y futura, como la base para la misión de la iglesia; la centralidad de Jesucristo como Señor de la totalidad de la vida; la iglesia como una comunidad alternativa que encarna los valores del Reino de Dios y como agente de transformación integral; el compromiso social y político como aspectos esenciales de la misión de la iglesia; el énfasis en una espiritualidad que integra la fe con la vida, lo personal con lo comunitario, la justificación por la fe con la búsqueda de la justicia. Así, pues, esta es una obra *evangélica*.

A la vez, sin embargo, como reconoce el autor, hay varias maneras de ser evangélico, y una manera particular de serlo es la pentecostal. Esta obra, escrita por un pastor de la Iglesia de Dios (Cleveland), es por lo tanto *evangélica pentecostal*. Como tal, mantiene un marcado énfasis en la relación entre el Espíritu Santo y la misión. Por supuesto, difícilmente un cristiano de alguna otra denominación negaría que, como dice López, «[...] la experiencia de Pentecostés registrada en Hechos 2 resalta que el poder del Espíritu Santo es un poder que está vinculado y es inseparable del testimonio integral de la iglesia». El hecho es que para un autor pentecostal como el de esta obra, esa vinculación del Espíritu con la misión integral se constituye en una premisa fundamental. Por lo mismo, aunque el público al cual López se dirige en primera instancia es el de «[...] los sectores más informados de la familia pentecostal», su mensaje es extensivo a toda la comunidad cristiana sin distinciones denominacionales. Este es un aporte evangélico pentecostal a toda la Iglesia de Cristo.

En varios lugares a lo largo de la obra López hace referencia a los cambios que se están dando en el mundo evangélico en general y en el pentecostalismo en particular. Uno de los más significativos tiene que ver con la toma de conciencia del papel de los cristianos en relación con la situación socioeconómica y política en la que están llamados a vivir la fe y dar testimonio de

Jesucristo. Para responder a ese llamado, las teologías fraguadas en otras latitudes resultan terriblemente deficitarias. La tarea de articular una teología contextual es, por lo tanto, ineludible. Lo que López nos ofrece en esta obra es un valioso modelo de teología contextual enraizada en la revelación bíblica y a la vez atenta a las necesidades de nuestros pueblos, especialmente en las zonas periféricas de los centros urbanos o en las zonas rurales.

Quiquiera que se proponga hacer teología contextual en América Latina, tarde o temprano tiene que encarar la necesidad de tomar muy en serio las complejas cuestiones relativas a la responsabilidad cristiana en la arena política y en la defensa de los derechos humanos. ¿Qué lugar les corresponde a estas cuestiones en la misión cristiana? ¿Pueden los cristianos desentenderse de ellas a título de evitar la politización del Evangelio para dedicarse a la búsqueda de la “espiritualidad”? López no les saca el cuerpo a estas cuestiones: toma el toro por las astas y propone toda una agenda para una espiritualidad encarnada en la situación concreta. Unas más y otras menos, pero en todo caso *todas* sus sugerencias son realizables en el terreno de la práctica, lo cual es encomiable.

Hace cuatro décadas, José Míguez Bonino, en el prólogo a un libro escrito por Rubem Alves, afirmaba que «[...] la iglesia cristiana tiene una larga deuda con América Latina: cuatro siglos y medio de Cristianismo Católico Romano y uno de Protestantismo han producido el mínimo de pensamiento creador que estos pueblos tienen derecho de esperar de quienes sostienen haber recibido la misión de anunciar la Palabra de Dios a los hombres». Sin pretender que esa deuda haya sido cancelada totalmente, hoy es posible afirmar que se han hecho y se están haciendo pagos significativos para saldarla. Y al autor de este libro le corresponde un lugar de honor entre los que más han contribuido para lograr ese objetivo.

C. RENÉ PADILLA
Buenos Aires, 16 de julio de 2008

PRÓLOGO

El antecedente de este libro sobre el movimiento pentecostal es uno que escribí hace cinco años atrás con el título *El nuevo rostro del pentecostalismo latinoamericano* (López 2002). Al haberse agotado la edición se ha preparado una nueva, con ciertos cambios que considero necesarios. Así, los dos primeros capítulos han sido totalmente revisados y actualizados, y el tercero se ha suprimido, debido a que en una nueva versión aparece en el libro *La seducción del poder: Los evangélicos y la política en el Perú de los noventa* (López 2004).

En esta nueva versión se han incorporado tres nuevos capítulos, en los cuales se tratan varios temas vinculados con los cambios que se han dado en el horizonte teológico de sectores significativos de las iglesias pentecostales. Estos nuevos capítulos, vistos en conjunto, hilvanan una agenda misionera mínima que tiene por horizonte la inserción de estas iglesias en el espacio público como parte de la sociedad civil organizada, sin dejar a un lado su especificidad religiosa. En tal sentido, tomando como caso de estudio a la Iglesia de Dios (Cleveland), se trabaja temas que van desde el análisis de los centros de formación teológica y su forma de gobierno, hasta temas relacionados con su identidad, su espiritualidad y su práctica social y política.

Quizás, para los sectores más informados de la familia pentecostal, no se diga nada nuevo en este libro. Sin embargo, la vasta mayoría del pueblo pentecostal podrá encontrar pistas para una mejor inserción misionera en su realidad histórica particular, insumos para la discusión colectiva acerca de su identidad y espiritualidad, o nuevas veredas por las cuales transitar como misioneros del Dios de la vida en las distintas avenidas sociales y políticas de su contexto histórico particular. Precisamente, para dialogar con ellos, se ha escrito estos trabajos, con la esperanza de que juntos caminemos el trecho que todavía nos falta recorrer como artesanos de la paz de Dios en el mundo convulsionado de este tiempo.

El título *Pentecostalismo y misión integral: teología del Espíritu, teología de la vida*, refleja la intención primaria que subyace en cada uno de los temas que se abordan, es decir, subraya que la experiencia del bautismo en el Espíritu exige encarnarse en el contexto de misión para, desde esa realidad concreta, dar testimonio de todo el consejo de Dios a todos los seres humanos. Se sobreentiende que para un discípulo lleno del Espíritu, no existe dicotomía entre lo espiritual y lo material, lo religioso y lo secular, lo privado y lo público, porque el propósito de Dios apunta a una reconciliación de todas las cosas. En consecuencia, formas “no tradicionales” de hacer misión, como la defensa de la dignidad humana de los pobres y los excluidos del mundo, así como la lucha contra la pobreza en sus diversas aristas, como la confrontación con la violencia institucionalizada, antes que intentos de “politizar” el evangelio, son una exigencia evangélica y una manera concreta de vivir en el Espíritu.

DARÍO ANDRÉS LÓPEZ RODRÍGUEZ
Villa María del Triunfo, julio de 2008

INTRODUCCIÓN

Hace más de dos décadas atrás, reflexionando sobre la identidad de los evangélicos latinoamericanos, Samuel Escobar afirmaba que ser evangélico «era una forma especial de ser protestante» (Escobar 1982:16). A la luz de esa caracterización y, sin alterar su sentido, se puede decir también que *ser pentecostal es una forma especial de ser evangélico*. Es así porque las iglesias pentecostales de diverso trasfondo, son evangélicas tanto por su base doctrinal y herencia histórica como por su dinamismo misionero y vitalidad espiritual¹.

Sin embargo, lo señalado en el párrafo anterior, no significa que no existan ciertas particularidades que diferencian a las iglesias pentecostales de las otras que conforman la heterogénea comunidad evangélica latinoamericana; especialmente, por su

1 En palabras de un teólogo pentecostal: «Por principio y conforme a su expresión mayoritaria, el pentecostalismo afirma las doctrinas cardinales del cristianismo: La Trinidad, la encarnación y expiación de Jesucristo, la necesidad de la fe en Jesucristo para salvarse, la presencia y el poder del Espíritu Santo divino en todo auténtico creyente y la bienaventurada esperanza de que Cristo volverá para consumar el reinado de Dios» (Land 1996:530).

En la experiencia misionera de estas iglesias, se puede encontrar también lo que Samuel Escobar ha llamado las notas características del protestantismo evangélico latinoamericano: «[...] un énfasis en la conversión personal y en la vivencia individual de la fe [...], una pasión misionera y evangelizadora, un cierto puritanismo en cuestiones de conducta personal, y una concentración en aquellos aspectos de la doctrina que eran parte de la controversia con el catolicismo» (Escobar 1987:49).

énfasis en la persona y obra del Espíritu Santo como “motor” del testimonio personal y público de los creyentes y de las congregaciones locales. La espiritualidad de ellas se constituye así en la marca distintiva de esa *forma especial* de ser evangélicos que son los pentecostales.

En este tiempo de «multiplicación de las ofertas religiosas» (Bastian 1997:209) y de «deseccularización del mundo» (Berger 1999:1–18), las iglesias pentecostales han experimentado también muchos cambios. Al interior de ellas existen sectores que en situaciones de crisis sociales y políticas, con una conciencia iluminada por las Escrituras y debido a la presión del contexto histórico en el que cumplen su misión, se han visto forzadas a ampliar su comprensión de la acción de Dios en el mundo. Además, han tenido que incorporar a su espiritualidad nuevas formas de dar testimonio de su fe en campos considerados, en otro momento, como “impropios” o “prohibidos” para su peregrinaje misionero colectivo.

Así, temas como la presencia de los creyentes en los movimientos sociales y la arena política, o asuntos como la incursión en la lucha por los derechos humanos y la participación en la defensa de la institucionalidad democrática en situaciones de crisis política, forman actualmente parte de la agenda misionera de un número creciente de iglesias pentecostales. No cabe duda que, si esta nueva conducta colectiva se compara con la actitud y práctica de ellas en años anteriores, se pueden notar los cambios producidos en su horizonte teológico y en su práctica social y política.

Los cinco capítulos que dan forma al presente volumen, cada uno de ellos distinto en el asunto que aborda y en el enfoque, pero cuyo tema común es un examen del movimiento pentecostal en sus aspectos teológicos y misiológicos particulares, intentan registrar y explicar parte del proceso de cambios que se ha venido dando en sectores significativos del pentecostalismo latinoamericano.

En el primer capítulo, tomando como base para la reflexión teológica el segundo capítulo del libro de Hechos de los Apóstoles, un pasaje considerado como la matriz desde la cual se articula la espiritualidad pentecostal y se enfatiza la actualidad de los dones del Espíritu Santo, se propone que estas iglesias deben mirar su experiencia del Espíritu, no únicamente teniendo como punto de referencia la primera sección de este capítulo (Hch 2.1–13), sino a la luz de todo el relato lucano (Hch 2.14–47), especialmente porque en Hechos 2, como paradigma normativo, se presenta un modelo de testimonio integral. Modelo en el que el bautismo en el Espíritu Santo está íntimamente vinculado a la confesión y proclamación pública de Jesús de Nazaret como Señor de todo el universo, así como a la participación en una comunidad visible de fe caracterizada por su inserción en el mundo y un vigor espiritual que produjo cambios notables en los individuos y transformaciones sociales en diversos contextos culturales.

En el segundo capítulo, teniendo en cuenta el caudal bibliográfico que existe actualmente sobre este sujeto religioso, se trazan líneas pastorales y pautas para la acción que pueden coadyuvar a que el pentecostalismo sea efectivamente un agente de transformación social, cuya presencia contribuya a generar nuevos patrones de relaciones sociales en nuestros países. Los dilemas a resolver para que ello ocurra pueden ser muchos, pero el fermento está allí, principalmente en las congregaciones locales, que son una suerte de sociedades alternativas en las cuales se valoran como a seres humanos de carne y hueso a todos aquellos que en las sociedades estamentales de este tiempo son considerados como los “harapientos” del mundo.

En el tercer capítulo, tomando como caso de estudio a la Iglesia de Dios (Cleveland), se hace una evaluación de la relación entre las congregaciones locales y los centros de formación teológica; un tema medular para el futuro del movimiento pentecostal como agente de transformación social, entre otras razones, porque la formación teológica de los pastores puede ser

un factor de avance o retroceso para el testimonio integral de las congregaciones locales. Teniendo en cuenta este problema crítico, se propone una agenda con puntos mínimos que deben abordarse responsablemente si se desea que el rostro público de las iglesias pentecostales sea radicalmente distinto al que tienen actualmente en la mayoría de los países latinoamericanos.

En el cuarto capítulo se aborda el tema de la espiritualidad pentecostal, por un lado, examinando las distintas formas de entender la espiritualidad cristiana presentes en el ámbito evangélico latinoamericano, y por otro, revisando las prácticas habituales de las iglesias pentecostales, las cuales en ocasiones la han enajenado de su realidad histórica. Además, se proponen puntos de agenda ineludibles que pueden coadyuvar en la articulación de una espiritualidad integral más fiel al testimonio bíblico y, por lo tanto, más pertinente para nuestra realidad misionera.

Finalmente, en el último capítulo, se trata diversos temas conectados con la identidad, la teología, y la práctica social y política de los pentecostales. En otras palabras, se aborda la relación entre el sujeto religioso colectivo bajo escrutinio, con los diversos factores internos y externos que, de una u otra manera, perfilan su presencia misionera en la sociedad circundante. Aquí también, como en los otros capítulos, se puede encontrar pistas para tejer una agenda colectiva que contribuya a dibujar una nueva presencia misionera de las iglesias pentecostales, particularmente, dentro del espacio público.

EL BAUTISMO EN EL ESPÍRITU Y LA MISIÓN INTEGRAL

Una lectura contextual de Hechos 2

CUESTIONES PREVIAS

Hace varios años, Walter Hollenweger, considerado como el decano de los estudios sobre pentecostalismo, escribió en la dedicatoria de uno de sus libros: «A mis amigos y profesores del Movimiento Pentecostal que me enseñaron a amar la Biblia [...] y a mis profesores y amigos de la Iglesia Presbiteriana que me enseñaron a comprenderla [...]» (Hollenweger 1997:V). En realidad no se trataba de la primera ocasión en la cual el ilustre profesor Hollenweger expresaba estas palabras, pues una década antes había adelantado esa misma opinión en otro de sus libros (Hollenweger 1988:XVI).

¿La mayoría del pueblo pentecostal se preocupa solamente por enseñar a amar la Biblia, descuidando la comprensión de ella desde su realidad de miseria, opresión y explotación? ¿Es esto cierto para todos los sectores que conforman la heterogénea familia pentecostal? ¿Los pentecostales que han vivido y viven en situaciones límites, como los marcos temporales de violencia política extrema y de crisis económica, tienen solo una lectura “devocional” de la Biblia, con casi ninguna preocupación por entender su mensaje y aplicarlo a la coyuntura histórica de

violencia, opresión y muerte en la que dan testimonio de su fe en el Señor crucificado y resucitado?

Las palabras del profesor Hollenweger parecen insinuar que los pentecostales sólo “sienten” pero no “piensan” o, en todo caso, sólo cultivan emociones y sentimientos, como el amor por la Palabra de Dios, pero tienen poco o escaso interés por el estudio de ella y la reflexión crítica. Sin embargo, la experiencia social y política de un número creciente de creyentes y de congregaciones pentecostales del Sur del mundo indica que ellos, además de sentir intensamente su fe en medio de los problemas de cada día, piensan también esa misma fe inmersos en una realidad concreta de miseria, opresión y explotación. Las líneas que siguen intentan dar cuenta de ese esfuerzo por comprender el mensaje de la Biblia que se viene dando en diversos sectores de las iglesias pentecostales, e intentan dar cuenta también de la teología contextual que se está articulando en la periferia del mundo.

En este esfuerzo interpretativo, el corazón (sentir) y la mente (pensar) no se perciben ni se entienden como partes separadas de la vida humana, sino como elementos inseparables e indivisibles de la experiencia religiosa de personas de carne y hueso que viven su fe en el mundo “hirviente” y complejo de estos días. Esto es así porque el lector o intérprete, para entender la Palabra de Dios, tiene que amar profundamente al dador de esa Palabra. Consecuentemente, la espiritualidad cristiana incluye tanto el sentir como el pensar, los cuales no tienen que excluirse mutuamente en toda auténtica devoción a Dios, pues tanto el amor como la verdad son dos de los fundamentos de una auténtica vida cristiana.

Sobre este asunto, John A. Mackay cuando comenta la experiencia de los dos discípulos de Jesús de Nazaret que se dirigían a la aldea de Emaús, según el relato de Lucas 24.13-35, subraya dos de los principios vertebrales en todo proceso de interpretación bíblica en el que la exégesis no se separa ni es ajena de una adoración reverente. Estas son sus palabras:

Después que hubo desaparecido de su vista, recordaron, al reflexionar más detenidamente, cómo aquella nueva luz que había llenado sus mentes en el camino, había hecho arder su corazón. Primero, la iluminación de la mente; luego, el corazón, ardiendo. Así fue entonces; así tiene que ser hoy (Mackay 1957:10).

Desde que Mackay escribió su libro *Prefacio a la teología cristiana* y, particularmente, la sección «El moderno camino a Emaús» en la que se encuentran las palabras citadas, han ocurrido muchos cambios significativos en el pentecostalismo latinoamericano. Como ya se ha señalado, actualmente en diversos sectores del pueblo pentecostal, se está gestando una nueva manera de leer las Escrituras en la cual la *iluminación de la mente* y el *corazón ardiendo* se entrelazan y fertilizan mutuamente. En tal sentido, se asume que creer también es pensar, así como creer también es sentir, ya que ambos —pensar y sentir— son dos pilares de una espiritualidad integral, fiel a la Palabra de Dios y pertinente para el contexto de misión².

Para nuestro caso particular, esta nueva manera de leer las Escrituras, se explicará a partir del análisis de Hechos 2, texto bíblico considerado como uno de los pilares sobre el que se asienta la propuesta teológica distintiva del movimiento pentecostal. Entre otras razones, porque a partir de este texto clave, se construye *el paradigma sobre el cual se modela la espiritualidad pentecostal* y porque, históricamente, el libro de los Hechos ha sido «la matriz principal a través de la cual ha sido comprendida la persona y la obra del Espíritu Santo» (Solivan 1998:112).

2 Un teólogo afirma que: «En la teología, tanto la mente como el corazón —el estudio y la oración— son importantes. Con la mente analizamos los datos y con el corazón esperamos iluminación [...] La mente tiende al análisis; el corazón sueña y escucha a Dios [...] Una de las bendiciones de la venida del Espíritu en Pentecostés fue darnos la habilidad para soñar y para ver visiones [...]» (Pinnock 1996:12).

EL MENSAJE DE HECHOS DE LOS APÓSTOLES

Todo intento por conocer e interpretar el mensaje de Hechos de los Apóstoles exige examinar, con mucho cuidado, una cuestión preliminar que un autor la ha planteado en los siguientes términos:

Necesito decir algo sobre la diferencia entre las partes didácticas y las partes narrativas de la Escritura, y acerca de la importancia de dejar que sean las partes didácticas las que controlen nuestra interpretación de las partes narrativas [...] No estoy diciendo enfáticamente que las partes narrativas no tengan nada que enseñarnos a nosotros [...] ya que todo lo que les pasó a otros en anteriores momentos ha sido registrado para nuestra instrucción. La pregunta es: ¿Cómo debemos interpretar estos pasajes narrativos? [...] ¿Cómo debemos decidir? Aquí es dónde las partes didácticas tienen que guiarnos en nuestra evaluación e interpretación de las partes descriptivas [...] (Stott 1990:7-8).

Lo que plantea este autor, siendo una cuestión crítica que exige una respuesta precisa, no es nada fácil de encarar ni de resolver, ya que un pentecostal bien podría formular preguntas como: ¿Quién determina y cómo se determina cuáles son las partes didácticas y cuáles las partes narrativas del libro de Hechos? ¿Desde qué perspectiva teológica y desde qué realidad histórica en particular se interpreta el mensaje de este libro del Nuevo Testamento y se decide cuáles de sus partes son normativas y cuáles no tienen un valor permanente para las iglesias?

Cuando se responde a estas preguntas, no se debe olvidar que cada uno de nosotros tiene una perspectiva particular a partir de la cual aborda un texto, una metodología para analizarlo, y tiene también ciertas preocupaciones que pueden convertirse en filtros a través de los cuales se interpreta el texto bíblico. Como lo ha precisado un autor, no se debe perder de vista que el estudio de un texto antiguo no está totalmente libre de la influencia de las preconcepciones de la persona que estudia dicho texto (Marshall 1992:101). Sin embargo, más allá

de los prejuicios teológicos propios o ajenos, la cuestión crítica planteada por John Stott no puede ser soslayada o ignorada, ya que su observación resulta ser de mucha utilidad como control hermenéutico —para pentecostales y no pentecostales— cuando se examinan los relatos registrados por Lucas en el libro de los Hechos.

¿Cuál es el tema clave o cuáles son los temas centrales en el libro de los Hechos? ¿Qué pertinencia tiene el mensaje de este documento del Nuevo Testamento para la vida y misión de las iglesias evangélicas contemporáneas? De acuerdo con un autor:

La iglesia cristiana primitiva tuvo una característica fundamental que la marcó desde sus comienzos: *fue una comunidad misionera*. De hecho, esa fue una de las razones que, a la larga, la llevó a enfrentarse con las autoridades imperiales [...] El espíritu y celo misionero no representan un añadido o apéndice respecto del ser mismo de la iglesia cristiana. Hay entre ambas (es decir, entre la naturaleza de la iglesia y su misión) una relación tal que casi podría decirse que la desaparición de la misión significaría la muerte de la iglesia. Todo el Nuevo Testamento —y en particular, el libro de los Hechos— dan testimonio de ello (Bonilla 1998:12).

Entre los especialistas del Nuevo Testamento parece haber consenso sobre este asunto³. Incluso se sostiene que el alcance, la estructura y el contenido de los Hechos están dominados por la cuestión de la misión universal (Senior 1985:366). Así que, desde la perspectiva de los expertos, la historia registrada en los Hechos se hilvana teniendo como base la relación íntima entre la naturaleza de la iglesia y su misión.

Al respecto, el texto clave de Hechos 1.8, constituye una síntesis tanto de la estructura como del contenido de los Hechos. Sin embargo, el horizonte de este texto no se restringe

3 Wikenhauser 1981; Senior 1985; Segalla 1989; Stott 1990; Bosch 1993; Larkin 1995; Marshall 1996; Bruce 1998; González 2000.

a un mero asunto de expansión geográfica del evangelio, desde la región de Palestina, hasta lo último de la tierra. Esto es así porque en los escritos de Lucas, la geografía tiene una clara intención teológica que apunta al propósito universal de Dios de que la buena noticia de salvación sea escuchada por todos los seres humanos, de todos los pueblos, naciones y culturas. En tal sentido, acierta David Bosch cuando señala que la «íntima relación entre pneumatología y misión, es la contribución distintiva de Lucas al paradigma misionero» (Bosch 1993:114).

Un examen panorámico de los Hechos confirma esta observación, pues en la historia registrada por Lucas, se nota cómo el Espíritu escoge a los misioneros (Hch 1.1–2; 2.38–39; 6.1–7; 11.15–18; 13.1–2; 20.28; 28.25–28), los envía (Hch 1.8; 5.27–32; 8.29, 39; 10.19–20; 11.12; 13.4; 16.6, 10; 20.22–23), los equipa (Hch 1.8; 2.4; 4.29–33; 10.38; 13.6–12), traza la ruta de la misión (Hch 13.4; 15.28) y ensancha el horizonte de ésta (Hch 10.19–20; 11.12; 16.6–7, 9–10). Además, se nota cómo el testimonio de los misioneros llenos del Espíritu estuvo acompañado de señales, maravillas y prodigios (Hch 2.1–13, 42–47; 3.6–8; 4.32–37; 5.12, 15–16, 19; 6.8; 8.6–7, 13; 9.32–43; 11.27–28; 12.7; 13.9–12; 14.3; 15.12; 16.25–26; 19.11–12; 21.10–11; 28.1–10).

UNA LECTURA CRÍTICA DE HECHOS 2

Una simple observación de Hechos 2 indica que la estructura particular de este capítulo tiene tres partes bien definidas:

- * El descenso del Espíritu Santo el día de Pentecostés (Hch 2.1–13).
- * La explicación teológica que dio Pedro sobre esta experiencia a los diversos públicos humanos que estuvieron presentes en esa ocasión (Hch 2.14–41).
- * Las consecuencias del descenso del Espíritu para la vida y misión de la comunidad de discípulos (Hch 2.42–47).

En las líneas que siguen examinaremos estas tres secciones, deteniéndonos especialmente en los temas conectados con la relación entre el bautismo en el Espíritu Santo y la misión integral, buscando hilvanar una propuesta de acción colectiva que coadyuve a dibujar un nuevo rostro público de las iglesias pentecostales latinoamericanas.

1. El descenso del Espíritu (Hch 2.1–13)

Luego de un tiempo de espera (Hch 1.14; 2.1), mientras estaban en un lugar conocido como el [...] *aposeno alto* [...] (Hch 1.13)⁴, la comunidad de discípulos tuvo una visitación especial de Dios. Como les había prometido Jesús resucitado (Lc 24.49; Hch 1.4–5), ellos fueron bautizados con el Espíritu Santo para que fuesen testigos (*mártures*) de Dios, más allá de Jerusalén, hasta lo último de la tierra (Hch 1.8). Así, desde un comienzo, Lucas subraya la estrecha relación que existe entre la venida del Espíritu Santo y el poder para el testimonio.

¿Qué temas entretejen esta sección clave del capítulo 2 de los Hechos? ¿Este pasaje puede ser considerado simplemente como una sección narrativa, no didáctica, del libro de los Hechos? ¿Cómo han leído y cómo leen los pentecostales el relato del descenso del Espíritu el día de Pentecostés? ¿Qué lecciones permanentes se pueden desprender de Hechos 2.1–13? Varios asuntos se desprenden del relato lucano. Veamos:

En primer lugar, Lucas enfatiza que el descenso del Espíritu no fue un evento programado, ni un suceso que dependió de la voluntad o la planificación humanas. La promesa había sido hecha a los discípulos, sobre ello no cabe duda, pero el tiempo y la ocasión estaban exclusivamente en las manos de Dios. En ese sentido, el descenso del Espíritu fue un evento encuadrado

4 Un autor sostiene que: «[...] los discípulos no estaban reunidos en el aposento alto sino en el Templo de Jerusalén [...]» (Stronstad 1999:55). Y otro afirma que: «El “lugar” donde los discípulos estaban en esta ocasión, la “casa” [2.2] no se especifica más precisamente; puede haber sido el aposento alto de 1.13, pero no hay modo de saberlo» (Bruce 1998:66).

en la soberanía de Dios, una experiencia que cogió de sorpresa a los discípulos reunidos en el aposento alto.

En segundo lugar, Lucas señala que hubo señales audibles y visibles de la presencia del Espíritu en medio de la comunidad de discípulos y, para dar cuenta de ello, utilizó en su relato analogías y metáforas como las de [...] *un viento recio que [...] llenó toda la casa* [...] (Hch 2.2), o [...] *lenguas repartidas, como de fuego* [...] (Hch 2.3). Aquí se debe precisar que tanto el viento como el fuego fueron manifestaciones visibles del evento fundamental, es decir, el descenso del Espíritu prometido como señal indudable del cumplimiento del día del Señor anunciado por los profetas del Antiguo Testamento. El viento tiene reminiscencias de la manera cómo el profeta Ezequiel simboliza la obra del Espíritu (Ez 37.9–14) y el fuego recuerda a lo anunciado por Juan el Bautista durante su breve ministerio profético (Lc 3.16)⁵.

En tercer lugar, Lucas precisa que hubo una evidencia física a la que él denomina “hablar en otras lenguas (*glóssais*)”. Más adelante, se registra que el mensaje de esas *glóssais* que hablaban todos los discípulos reunidos en el aposento alto⁶, fueron entendidas por las personas provenientes de distintas regiones (Hch 2.8, 11). En tal sentido, la experiencia de Pentecostés deja constancia de que los discípulos comenzaron a hablar *las*

5 Aunque existen también razones para creer, como lo ha señalado un autor, que esta teofanía de Pentecostés tiene cierta relación con la teofanía del Monte Sinaí (Ex 19.16–18) cuando Dios le dio la Ley a Israel y estableció a ese pueblo como el pueblo del pacto (Stronstad 1999:57).

6 Ben Whiterington III sostiene que: «[...] no hay indicación de que este fenómeno fue solamente para los doce, por el contrario, el discurso de Pedro sugiere que el Espíritu empoderó a los testigos del Pueblo de Dios, incluyendo a los del estrato social mas bajo» (Whiterington 1998:132). Johannes Munck, por su parte, considera que lo más probable es que la palabra *todos*, se refiera a la totalidad de las personas reunidas en el aposento alto (Munck 1967:14). Justo González opina lo mismo: «En el versículo 1 se nos dice que estaban todos unánimes juntos. Este *todos*, y la misma palabra en el versículo 4, han de entenderse en el sentido de que no eran solamente los doce los que estaban presentes, sino también las mujeres y los demás que se indican en 1.13–15. Fue sobre todos estos, y no solamente sobre los doce, que descendió el Espíritu» (González 2000:62).

maravillas de Dios en unas lenguas que ellos recibieron de parte de Él y que, siendo galileos, no entendían; pero cuyo mensaje fue captado y entendido por otras personas (Hch 2.11)⁷. Según F. F. Bruce:

7 Experiencias similares en las que el poder del Espíritu Santo que cayó sobre un grupo de creyentes, se asocia al fenómeno de hablar en lenguas, magnificando a Dios o profetizando, se registra en Hechos 10.44–47 y Hechos 19.2–6. El relato de Lucas respecto a lo ocurrido tanto en la casa del gentil Cornelio como a los creyentes de la ciudad de Éfeso sugiere, por un lado, que ambos eventos estuvieron vinculados a determinados momentos en los que la visión misionera de la comunidad apostólica se fue ensanchando, por otro, que los nuevos discípulos necesitaban ser [...] *investidos de poder desde lo alto* (Lc 24.49). Llama la atención, por ejemplo, que en su relato de la experiencia de Pedro en casa de Cornelio, hasta en dos oportunidades Lucas pone las siguientes palabras en labios del apóstol: [...] *estos que han recibido el Espíritu Santo también como nosotros* [...] (Hch 10.47). Y: [...] *cayó el Espíritu Santo sobre ellos también, como sobre nosotros al principio* (Hch 11.15). No cabe duda que, con estas palabras, Pedro estaba haciendo memoria de la experiencia de Pentecostés narrada en Hechos 2. Pedro identificó, entonces, lo que ocurrió en la casa de Cornelio —asociada al hablar en lenguas— como un evento semejante al que él y los otros discípulos de Jerusalén habían experimentado tiempo atrás.

Eduard Schweizer, desde un enfoque reformado, tiene otra explicación. Para él: «Lucas menciona extrañas manifestaciones, como el don de lenguas o *glosolalia*, sólo cuando Dios trata de dar un paso especial y nuevo con su comunidad; al principio del todo, cuando se trataba de convertir a los discípulos desconcertados en mensajeros del evangelio; en el primer paso hacia los samaritanos semipaganos, cuando era importante que la comunidad de Jerusalén reconociera de una manera expresa esa labor y, con ello, la continuidad de la acción salvadora de Dios; en la cuestión decisiva para el futuro en la que Pedro se hallaba indeciso de si debía recibir a los paganos al bautismo, sin que tuvieran que recibir antes la circuncisión; y, finalmente, en el problema de si no bastaba el bautismo de Juan, es decir, una penitencia seria y la conversión a la Palabra de Dios, como ocurría en el antiguo testamento. Únicamente en estos pasajes existe mención específica de la donación del Espíritu antes, en o después del bautismo» (Schweizer 1984:85).

Pero, Alfred Wikenhauser tiene una opinión distinta a la de Eduard Schweizer. De acuerdo con Wikenhauser, el lenguaje que los discípulos hablan: «[...] es algo nuevo, obra del Espíritu Santo, que no emplea palabras ni frases propias de una lengua humana normal. Con todo, el cristianismo primitivo veía en este modo de hablar, no el tartamudeo incierto de un extático, que hasta cierto punto pierde la capacidad de elocución, sino mas bien un lenguaje por encima de lo humano, celestial, que busca y logra expresar algo; un lenguaje que, es cierto, solo comprenden aquellos a quienes el Espíritu les concede tal don» (Wikenhauser 1981:60).

El autor, desde la perspectiva y vivencia evangélica pentecostal, se propone responder en las páginas de este libro, entre otras, a las siguientes preguntas:

- ¿Cómo se relaciona el bautismo en el Espíritu con la misión integral?
- ¿Qué implica el hecho de que la iglesia ha sido llamada a encarnar los valores del reino de Dios y a ser agente de transformación en la sociedad?
- ¿Cómo la formación teológica se relaciona con la misión integral en el movimiento pentecostal?
- ¿Qué lugar ocupa el compromiso social y político en la espiritualidad?

La intención del autor es subrayar que la experiencia del bautismo en el Espíritu tiene el desafío de encarnarse en el contexto de la misión para, desde allí, dar testimonio de todo el consejo de Dios a todos los seres humanos.

Como su título sugiere, esta obra es otro aporte a la creciente bibliografía sobre un tema que en las tres últimas décadas ha dado ricos frutos en el mundo de la teología evangélica latinoamericana -el tema de la misión integral. [...] López nos ofrece en esta obra un valioso modelo de teología contextual enraizada en la revelación bíblica y a la vez atenta a las necesidades de nuestros pueblos, especialmente en las zonas periféricas de los centros urbanos o en las zonas rurales.

Dr. C. René Padilla



Darío López Rodríguez

obtuvo su Phd en el Oxford Centre for Mission Studies, Oxford, Reino Unido; fue presidente del Concilio Nacional Evangélico del Perú (CONEP) en varios periodos, es miembro de la Fraternidad Teológica Latinoamericana (FTL), profesor de varias instituciones de educación teológica en Estados Unidos y en América Latina. Es miembro del Consejo Directivo de la Sociedad Bíblica Peruana, pastor de la Iglesia Monte Sinaí en Villa María del Triunfo (Lima) de la Iglesia de Dios del Perú y autor, entre otros, de los libros *La fiesta del Espíritu*, *La misión liberadora de Jesús 3ra. Edición*, *La propuesta política del Reino de Dios*.



ISBN: 978-9972-701-48-1



9 789972 701481

Vida de la iglesia-Iglesia y ministerio